TREMENDO ASOMBRO

Lo que ahora vas a descubrir lectora amable o lector de libros en papel, fue escrito hace ocho años, cuando se preparó el texto para su edición digital en Libros con Duende.

Desde antes y más aún después de publicarse así, deseé que las noticias y consideraciones que aquí se contemplan tuviesen otrosí su vida, a la antigua usanza.

No ha sido posible hasta hoy que esa voluntad cumpliese su propósito. Gracias sean dadas a Sergio Rojas-Marcos y a la editora en la que curra, sobria y tan elegante Athenaica, sevillana.

Servidor por su parte, tampoco ha trastocado mucho —apenas nada— lo que dije entonces, cuando se redactó en el año 2011; unos retoques sí, y ponerlo al día en algún detalle, con la colaboración de mi admirada compañera Ángeles Cruzado; pero poco más, lo imprescindible.

En Archidona, a 17 de febrero de 2019

Soirée.— En la noche del domingo se celebró una brillante soirée en los elegantes salones del Sr. Conde de Peñalver... mientras duró en ella el poderoso influjo de ese cuadro de huríes, la imperturbable marcha del tiempo se había detenido sobre nuestras cabezas, y a semejanza del humo se habían disipado las realidades del presente y los fantasmas del porvenir de la vida caminando hacia la nada, de la nada avanzando hacia la vida...

(*Faro Industrial de La Habana.* 27 de noviembre de 1849)

1. Es paradójico que un tipo como yo, aquejado desde chico con fuertes ataques de existencialismo tremendista —*cuando lo revivo llegan a mi fortísimos sus ecos y veo en ráfaga abismal el principio de las cosas luego su fin y cómo después sobreviene la nada*—, se haya pasado media vida escarbando memorias; y algunas veces yo mismo me pregunto: ¿Cómo es posible que te lleves las horas los días las semanas los meses y los años en las hemerotecas[1], intratable, como monje cartujano ferviente devoto de las gacetillas, recolectando y coleccionando —en sentido literal— sucesos que al cabo de los tiempos serán, igual que tú y que todo, olvido, oscuridad y quién sabe si tenebroso silencio o enfurecido caos sin nadie?

Obvio es decir ahora que quien esté libre de contradicciones levante la mano y arroje tantas piedras como necesite o pueda, y también que algo habré sacado en gozo de tan pertinaz empleo, refugio muchas veces, cobertizo de juego, otro sí sustento reparador y oficio cotidiano; en cierto sentido aventurero a lo antiguo soy, curioso, me excita y me entretiene indagar, descubrir cómo y cuándo y dónde y de qué modo y por qué sucedieron historias de flamencos viejos, según publicaron periódicos del tiempo.

Lo que se cuenta en este *Tremendo Asombro*, en su base y fundamento, es resultado de una dilatada prospección en pozos de La Habana. También consecuencia de apasionado apego por la ciudad y sus gentes de ahora, por su dolor y sus gozos…

sentir sus voces, los ruidos de la calle, el canto de los gallos al amanecer, el griterío de los niños en los colegios, los motores de autos de todas las edades que braman pidiendo paso entre humos perversos y miradas ausentes… y

seguir, caminar entre el esplendor y la ruina, contemplar y padecer el caos, sudar, sudar, sudar, con el sol y la lluvia, sentir la pobreza indebida, impropia a gente tan preparada y en tierra tan feraz, observar la mentira el oprobio el miedo y el desastre... pero acudir de lunes a sábado, fijo como el reloj, con vehemente ilusión, a la cita de las hemerotecas habaneras[2].

Esta ferviente como fecunda relación —en la que aún persevero siempre que puedo—[3] se inicia en los años finales del pasado siglo, siendo —todavía— en la república de Cuba los sinsabores del *periodo especial*[4] que sobrevino a la cuasi súbita desaparición de la Unión Soviética.

Se acababa el verano de 1997... y servidor acudía a la mayor de las Antillas con la intención de encontrar testimonios escritos —pruebas— que demostrasen la procedencia cubana de los *tangos* que llegados más tarde a suelo andaluz se harían *flamencos*.

Iba yo buscando precisamente eso y sólo eso: noticias de tango, de los principios suyos y de su inicial desenvolvimiento público; y verlahí que además de esta cosecha[5], se presentó y me dispuse a recoger otra, inesperada, y además enorme, fabulosa, que daba crédito fiable, siquiera a una de las partes, de cuanto, y por tantas veces —sin fundamento—, se había escrito por mor de los llamados *cantes de ida y vuelta*.

Gracias a lo descubierto estaba obteniendo prolijos testimonios, detalles y resultados de esos viajes a ultramar, por sus exactos pormenores de quienes fueron y lo que allí hicieron, entre felices plácemes y ovaciones incluso delirantes, gloriosas.

El existencialista entonces olvida sus cuitas y disfruta muchísimo: está divisando un mundo ignorado, reconoce fuentes nunca antes alcanzadas que le sorprenden y deslumbran; concurre lo insólito. Y aparecen datos que modifican de sustancia la entelequia que teníamos entendida por mor de las idas y las vueltas.

¡Aleluya, aleluya! Cierto es que pocas veces en la vida se logran alcanzar con plenitud colmada ilusiones o sueños por cumplir. De ahí que cuando fueron apareciendo a mi vista filones de informa-

ción valiosa, magnífica, exacta o exagerada, pero siempre auténtica y otrosí asombrosa; yo sintiera sensaciones de contento grande, por la satisfacción de tener tantísimo documento en las manos y en los ojos, que son las puertas de los almacenes de la memoria.

La que aquí se reproduce rescata del olvido rastros escritos en columnas de viejos periódicos habaneros, antiquísimos de veras, que refieren huellas de lo andaluz en teatros y otros espacios de diversión. El campo de examen abarca la primera mitad del siglo XIX, periodo revisado por sus crónicas, y en él se observa, de manera palmaria, como fue creciendo la ola de los testimonios por mor de danzas, versos, músicas y dramaturgias con acento de Andalucía, presentados al público habanero para su solaz esparcimiento y regocijo.

En verdad no hay razón alguna para concluir el trabajo en la fecha que se hace, cuando media la centuria. Las limitaciones son así. ¡Qué más quisiera yo! Pero no dispongo del tiempo y el dinero que hacen falta para cerrar el círculo y extender la tarea siquiera hasta la conclusión del siglo.

De modo que si me aventuro a la publicación de lo que se contiene en este tramo, es por hacer público ya, antes de que sea más tarde, el completo de los materiales encontrados, para que se consideren y puedan ser útiles a otras indagaciones. Tómese así como una primera parte. Ojalá su difusión propicie nuevas excavaciones que nos permitan alcanzar —mejor pronto que nunca—, conocimiento de los sucesos hondos acaecidos en La Habana por la segunda mitad del proceloso siglo, cuando lo flamenco desembarcó en la isla[6].

También les quiero decir, ahora que estamos en los primeros pasos del libro, que no me ha sido fácil —nada fácil— dar con la clave, con la tecla idónea para ordenar la obra. Todo lo contrario. Es más, no siendo primerizo en estas lides[7] debo confesarles que me está costando qué sé yo las horas componer el cuadro.

Me estorba más que nada el inmenso como extraordinario arsenal de datos que dispongo. Materiales hay para siete libros. Pero yo sólo quiero hacer, de momento, uno. Además entiendo que debe ser un

texto entretenido, excitante, como para mí ha sido el descubrimiento y la exploración de las noticias.

Pero sucede que al haber tanto y tanto que contar se amontonan las fichas y los árboles te impiden ver el bosque, que se agiganta; entonces te pierdes, te confundes, te bloqueas, y no tienes capacidad de orientar tus pasos al camino bueno, el que sea indicado.

Con ésta ya son varias las veces que me he puesto —formalmente— a desarrollar el Tremendo Asombro. Hasta ayer mismo estaba en una idea... pero recapacitando caí en la cuenta de que —por sus pasos— derecho me dirigía a un volumen de más de dos mil páginas. Y eso no puede ser, no debe serlo.

Por eso he tomado la decisión de intentarlo de otro modo. Este que ahora —por fin— acometo. El sistema, como diría mi admirado José Losada «Carrete», consiste en publicar conjuntamente, en la misma pieza, de un lado —y en soporte informático—, toda la documentación que se captó en las hemerotecas: TREMENDO ASOMBRO DIGITAL (TAD)[8]; y de otro, este texto impreso en papel, a la manera de Gutenberg.

Así, nada de lo rescatado cae en olvido. En su sitio está y aquel que lo quiera o necesite no tiene más que buscarlo, lo que sea. Uno por uno los datos y una a una las gacetillas, miles. Y, en paralelo, este relato entreverao con noticias, asequible a cuantos lectores quieran entretenerse un rato y disfrutar sus averiguaciones.

No es por tanto un tratado de conclusiones sino aviso a navegantes. Tampoco tiene estricto discurso cronológico sino que, por el periodo dicho, se presenta a modo de puzle caprichoso. Lo guía la intuición de los colores de las cosas. Va y viene sobre los rastros y por mor de ellos sugiere interpreta opina y a su modo ordena el caos.

Mi deseo es que les entretenga y sirva de provecho. Recuérdese, somos entre 1790 y 1850, en La Habana:

> Entradas de Embarcaciones.— De Cádiz, con 60 días de navegación. Fragata La Victoria, conduce vino, vinagre, jabón, aceyte, ladrillos, garbanzos, loza, lencería, texidos de seda, aceitunas, utensilios para ingenios,

> sombreros, vasos de cristal, medicinas, mercerías, azafrán, papel blanco, canela de la China y de Olanda, clavo de comer, queso de Flandes, comedias, sainetes, entremeses y algunos libros.
>
> (*Papel Periódico de La Habana.* 21 de abril de 1796)

2. Desde aquesta tan temprana hora —y aún de antes—, por estos cauces que se citan de canela y clavo... o por otros de la vida a su compás desenvolviéndose, escrita está en los mapas de la historia la conexión de La Habana y Cádiz, se cumple entre ambas inmenso caudal por el que cunden hondas relaciones íntimas. Muchas veces insólitas:

> ... y después que la orquesta haya desempeñado una brillante sinfonía del célebre Rossini, darán principio los niños Africano y Gaditano, con volteos y saltos de dobles y triples alturas, distinguiéndose el Gaditano con el gran salto mortal... la Sra. Varona bailará *La Guaracha*... el profesor Estrada ejecutará los dificultosos juegos de malabar y equilibrio con los bolos de metal dorado y los platos de pedernal... dando fin a tan brillante función con el baile del *Fandango,* desempeñado por una niña de siete años y el niño gaditano...
>
> (*El Noticioso y Lucero de La Habana.* 14 de marzo de 1834)

La cabecera del diario lo dice todo. Evoca un lenguaje perdido, un olvidado universo sonoro. El documento enseña exquisita exhibición de una ciudad asombrosa que fija sus cimientos en el ritmo. Se crece en danzas. En el rumbo y en el lujo. Aplaude con fervor en sus escenarios las habilidades de los artistas, y más si son niños:

> La orquesta tocó *El Zapateado de Cádiz* y una bellísima niña se presentó a bailarlo... Es imposible pintar la gracia, la soltura, el encanto con que bailó aquella primorosa niña de ocho años... El público estaba arrebatado admirando a la bella Anita Galainena que sonreía y se ponía *en jarras con*

toda la sal de la más salada andaluza. Y su triunfo fue completo. Se pidió la repetición y la hechicera criatura cedió sonriendo a tal exigencia…

Era una hija de Sevilla o Cádiz en miniatura, monísima como ella sola, como ella sola graciosa y encantadora, sus brazos se movían con la soltura de una bailarina ejercitada y su cuerpecito parecía formado por las gracias, entusiasmaba, ¡bravo! ¡bravo! ¡hermosa niña! ¡bravo!

(*La Prensa*. 25 de julio de 1843)

Bravo por la niña y la mare que la parió habanera, «formada por las gracias». Y no estaba sola. Su gesto, su habilidad, su genio se integra en una extraordinaria corriente andaluza —de arte— señalada en los teatros de mil modos.

Cunde. Brilla. Sorprende. Por la abundancia y la exuberancia de sus razones que aportan informaciones tan cuantiosas como precisas[9].

A los ojos de la investigación estos fondos proveen testimonios, aseguran tesis y promueven preguntas. Establecen un campo de actuaciones de carácter andaluz, dado o publicado en La Habana, y en una época en la que el género está por definir sus cánones.

Sabemos más. Tenemos más motivos de certidumbre y también más interrogantes y más dudas. Es lo natural: cuando se cierra una puerta otra se abre.

3. Atiendan. Estamos en 1821 y miren lo que pasa, lo que se publica:

… se cantará por todas las principales actrices y actores de ópera y verso *la tonadilla* general titulada *Contrabandistas y soldados,* en la que el Sr. García cantará a la guitarra una *tonada gitana*, y con la Sra. Gamborino la *tirana,* tan aplaudida del público.

(*Diario del Gobierno Constitucional de La Habana*. 4 de enero de 1821)

Así de esta manera lo gitano se asoma a la prensa habanera del novecientos, fue en el año veintiuno, por una tonadilla. Avisa de un evidente reconocimiento público a una composición flamenca, que se interpreta a guitarra. De ese tiempo, hasta hace nada, sabíamos bastante poco, más conjeturas que certezas.

Descubrimientos de reciente aparición[10] nos van dando ahora pistas para mejor observar, con más sustancia, lo que sucedió y pudo suceder entonces, de qué manera... y es obvio concluir que todas coinciden, a las informaciones me refiero, en la baldosa donde convergen y se juntan lo académico y lo popular, mezclándose.

Por lo que se ve, antes, bastante antes de que el flamenco fuera, en toda su extensión y pormenores, género en código; lo andaluz y lo gitano se presentan ya en escena, son práctica corriente bajo las bambalinas. Contemplan un mundo. Asistimos a la protohistoria cómico lírica y bailable de lo jondo. Para nada escondida ni cerrada ni oculta, todo lo contrario: notable explícita y rumbosa.

Repárese en que somos por el 1821, cuando el señor García[11] canta en La Habana, a la guitarra, una *tonada gitana,* y faltan otros veintiuno para que se publique la primera de las escenas famosas de Estébanez «El Solitario», compuesta en 1838[12], y por la cual se supo del Planeta y el Fillo, y del predominio de *la caña* y los *romances* en las fiestas de aquel momento, aún en vigor folclores la mar de vivos, fundamentos del canon que sobrevendría más tarde.

Reuniones semejantes a la descrita por el malagueño debió haber entonces con abundancia y es lógico pensar que a ellas, además de los extranjeros y los miembros de la afición, asistirían artistas de otras disciplinas, cómicos bailarines actores y músicos con sus correspondientes actrices bailarinas y cómicas, de las propias u otras latitudes. Acudirían a la llamada de lo exótico y no sólo para divertirse y gozar, también aprendieron. Si no es así ¿cómo se explica —¿cómo?— que fuesen después capaces, en los escenarios, de reproducir —a su manera— coplas extrañas a su repertorio de autor, pero no por ello menos requeridas del público?

En aquel tiempo no había ordenadores ni cedés ni grabadoras ni cámaras de nada, así que el único modo de conocer y estudiar bailes y coplas sería asistiendo a su ejecución, en academias y en fiestas. Interesados cómicos de entonces así lo hicieron, así lo harían, para coger expresiones mudanzas y giros… y trasladarlos luego a los teatros de Madrid de Sevilla o Cádiz y a los teatros de La Habana. De su actuación en éstos quedaron huellas. Miren que huellas:

> Don Andrés del Castillo cantará un capricho nuevo titulado *Las 4 provincias de España*, imitando al vizcaíno, montañés, gallego y andaluz con canciones muy preciosas en sus dialectos particulares, como un zorcico y una ensaladilla en vascuence, y para concluir *una tirana a lo gitano*, y *la caña* acompañándose con la guitarra.
>
> (*Diario de La Habana.* 4 de noviembre de 1830)

> Doña María Rubio y Don Andrés del Castillo cantarán la graciosa *tonadilla La Solitaria* que concluye bailando un *Jaleo Gitano.*
>
> (*Diario de La Habana.* 28 de septiembre de 1834)

Ciertamente son noticias que dadas allende los mares y en aquellos años, sorprenden y significan mucho. Se suceden de 1830 a 1835, cuando Silverio Franconetti —el fundador— está en los párvulos.

Si se tiene además en cuenta que lo anunciado por la prensa habanera es anterior al celebérrimo primer escrito del Solitario, lo suyo es reconocer que estamos ante una información en verdad privilegiada, reveladora, que comunica aspectos ignorados de un momento clave para la configuración de la estética flamenca.

De mientras, en los escenarios, los protagonistas —no se olvide—, son cantantes líricos y bailadores boleros; pero reparen con que precisión las notas publicitarias pregonaron un modo *gitano* de interpretar, reconocían un estilo.

En fecha tan remota CERTIFICAN cómo se distingue y nombra una particular manera *gitana* de ser en el canto, la música y la danza.

Verlahí que uno de los pilares del género está poniendo sus cartas en juego y se expande. Lo agitanado es ya arquetipo y es modelo, objeto de imitación incluso por parte de otros artistas escénicos, quienes lo utilizan como seña de reclamo:

> … se ha escogido un sainete graciosísimo, nominado *Segunda parte del soldado fanfarrón* o *Ventorrillos de Puerta Tierra*, en el cual mi señora madre (Sra. Pautret) bailará *EL ZORONGO* acompañada de guitarras y del *jaleo* de la comparsa, al estilo gitano.
>
> (*Diario de La Habana.* 14 de febrero de 1835)

Desde luego que sí: sorprende. A mí me causa sensación saber cómo, veinte años antes de que —en Sevilla— la prensa registrara en los salones a las salerosas gitanas[13], señora Doña Ana Rubio de Pautret, con el repertorio que han visto, se paseara triunfal ante los públicos de La Habana.

Con estas aportaciones toman cuerpo y fecha inesperados perfiles de lo real que amplían el cimiento. Y —después de tanto como se ha oído— causa tremendo asombro comprobar que aquello, no fuese para nada oculto ni exclusivo ni excluyente: todo lo contrario, público y escénico.

Fue también laboratorio, experimento, prueba tentativa aproximación de saberes, mezcolanza de tradiciones y de hallazgos, fue una puesta al día de ciertas habilidades que el tiempo —entonces— aclamaba.

4. En semejante situación se desenvolvieron —de triunfo en triunfo— ciertos personajes protagonistas —hasta ahora ignorados— como el que acabamos de recién nombrar Don Andrés del Castillo[14], quien durante el primer quinquenio de la década de los mil ochocientos treinta, temporada tras temporada se mantuvo pujante en los carteles, y miren cómo: